

según la cual, la verdad entendida y la verdad realizada, son una misma cosa.

La idea de la creación, presente siempre en el entendimiento divino, era la más bella, la más grande de todas las ideas: la teoría de la estructura de la gran fábrica del universo era la más grandiosa de todas las teorías. Y, sin embargo, el soberano Hacedor de todas las cosas y el divino Arquitecto del mundo puso los seis días genesíacos entre la fábrica del mundo y la teoría de su divino Arquitecto, entre las cosas creadas y la idea de la creación de su Hacedor soberano.

No pondré término á este capítulo sin hacer sobre esta materia otra observación importante. Si la obra de la creación fué sucesiva, fué continua al mismo tiempo. Si Dios no sacó instantáneamente todas las cosas de la nada, tampoco suspendió el trabajo de la creación hasta que la creación fué llevada á venturoso remate. Si entre el principio y el fin de la creación puso seis días, no puso ni un sólo día, ni una sola hora, ni un sólo instante entre los seis días genesíacos. Hasta que los días de la creación fueron cumplidos, hasta que todas las cosas fueron hechas, no amaneció el séptimo día, que fué el día del reposo; con lo cual quiso Dios sin duda dar á entender á los hombres que la continuidad y la sucesión deben ir juntas, y que entrambas forman y constituyen la ley del *progreso*. Caminar despacio, pero sin reposarse jamás; caminar lenta, pero continuamente; ésta es la ley á que se sujetó el humano linaje desde que Dios puso en sus manos el bastón del peregrino, y le ordenó que peregrinara siempre hasta llegar á las regiones de las eternas moradas. Sólo en ellas luce terso, sereno, apacible é inmortal el séptimo de sus días: el día de su reposo.

III

ADAN: EVA: LA FAMILIA

En ninguna otra cosa se muestra más claramente la grandeza y la sabiduría de Dios, que en la formación del hombre. Habiéndole destinado en sus eternos é insondables designios á ser su hijo de adopción y rey de la tierra, formó su maravilloso compuesto de una substancia corporal y de otra incorpórea. Sacó su cuerpo del barro de la tierra, y por su cuerpo le sujetó á la disolución y á la muerte. Infundióle después el alma y la vida con un soplo, y por su alma espiritual, inteligente y santa fué capaz de sublimarse hasta el reino de los cielos. Siendo cosa propia de la Divina Sabiduría hacer semejante á sí por la libertad al que había hecho semejante á sí por el principado, le hizo libre y su libertad fué tan grande que le fué concedido dar la muerte á su alma espiritual, y convertir en inmortal el cuerpo mismo que había sido formado de la tierra. Lo cual, si bien se mira, fué nada menos que otorgarle la potestad altísima de turbar con su soberana intervención las leyes del universo, la tremenda potestad de hacer milagros. Porque, ¿dónde hay milagro mayor que hacer que lo que del polvo salió no vuelva á ser del polvo, que lo que vino del cielo no torne al cielo?

Formado el hombre de esta manera, el mismo Dios que le formó quiso ponerle en posesión de su libertad y de su principado, y lo llevó á un jardín delicioso cuajado de generosas plantas, que para él tenía dispuesto; y estando allí, mandó que se pusieran en su presencia todos los animales de la tierra y todas las aves del aire, para que recibieran de su Señor, con el nombre que habían de conservar, la librea de su servidumbre: y Adán les pasó revista á todos, y les puso los nombres que habían de tener; los cuales fueron conformes á las propie-

dades y naturaleza de cada uno de los animales que iban pasando. Por aquí se muestran dos cosas importantísimas, conviene á saber: la primera, que el hombre aprendió el lenguaje de Dios; y la segunda, que aprendió de Dios á penetrar en las esencias de las cosas; lo cual quiere decir que recibió á un tiempo mismo la revelación de las ciencias y la del instrumento universal de todas las ciencias.

Esta fué la manera en que el hombre, llevado por la mano de Dios, entró en posesión de su principado.

Durante el desfile de todos los animales, vió Adán que iban acompañados, y que él sólo en la creación estaba sin compañía. Si, como el texto sagrado da ocasión á creer, Adán pidió á Dios una compañera, seguiríase de aquí que la mujer fué el primer don pedido á Dios por el hombre en su estado de gracia, y el primero que otorgó Dios al hombre en su estado de inocencia.

Entonces el Señor envió sueño á sus ojos; y cuando sus miembros estuvieron embargados por el sueño, Dios sacó á la mujer de su costado. Ese sueño de Adán tiene una significación profundísima: significa que el acto augusto de la creación debía de ser, por disposición divina, un secreto oculto á todos los hombres; que ese acto debió de estar y está perpetuamente substraído á la jurisdicción de la inteligencia humana; que todos los esfuerzos del entendimiento y toda la grandeza de la razón no son bastantes para penetrar en el recóndito é insondable misterio de la formación de las cosas. El acto general de la creación comprende tres grandes creaciones: la del mundo, la del hombre y la de la mujer; á ninguna de ellas asistió el hombre; no asistió á la del mundo, porque fué anterior á la suya; no asistió á la suya, porque antes de acabada él no existía, y cuando existió se había acabado; no asistió á la de la mujer, porque durante su creación estuvo su inteligencia aprisionada en las prisiones del sueño.

Por lo demás, no es cosa difícil encontrar la razón de lo que ese acto tiene en sí de recóndito y de inaccesible; penetrar en

él sería penetrar en la naturaleza íntima del principio de las cosas; siendo el principio de las cosas y Dios una cosa misma, sería penetrar en la esencia de Dios; penetrar en la esencia de Dios es ser Dios hasta cierto punto, y el hombre no puede ser Dios en cierta manera y hasta cierto punto sino cuando haya sido deificado en su vida ultramundana. Sólo entonces será á manera de Dios, y en su visión beatífica tendrá la de los principios de las cosas.

Ni se contentó Dios con constituir al hombre señor de la tierra; sino que, pasando más adelante en su munificencia y en sus dones, otorgándole la libertad, le otorgó el señorío de sí propio y le dijo: "No comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal; y si de él gustares, te sujetarás á la muerte." En esta sentencia admirable se declara cuál sea la naturaleza de la soberanía de Dios; cuál la de la soberanía del hombre; cuál la índole propia de la libertad humana, y cuáles las leyes de la familia.

La soberanía de Dios es la única en que se juntan y combinan armoniosamente el derecho absoluto y la fuerza suma. Lo cual quiere decir que contra Dios y fuera de Dios no hay derecho; que contra Dios y fuera de Dios no hay resistencia. Llámase verdad al objeto perpetuo de su inteligencia, justicia al objeto perpetuo de su voluntad, belleza á la realización perpetua de sus mandatos; y su inteligencia y la verdad, y su voluntad y la justicia, y su mandato y la belleza; y la belleza, la justicia y la verdad, por una parte, y su mandato, su voluntad y su inteligencia por otra, son una cosa misma. Todo lo que Dios entiende es verdad, y debe ser querido como justo y ejecutado como bello; todo lo que Dios quiere es justicia, y debe ser ejecutado como bello y aceptado como bueno; todo lo que Dios manda es belleza, y debe ser aceptado como bueno y ejecutado como justo. Sólo la palabra divina, manifestación completa de lo bello, de lo justo y de lo bueno, tiene en sí misma y por su propia virtud, en el orden físico la propiedad de ser irresistible, y en el moral la de ser obligatoria. En el orden fí-

sico, es la suma fuerza; en el moral, el sumo derecho: aspectos diferentes de un mismo fenómeno, denominaciones distintas de una misma cosa, atributos varios de un solo monarca, manifestación imperfecta de su soberanía omnipotente.

*No comerás:* Dios manda con imperio, sin exponer la razón ni la justicia ni la belleza de su mandato: manda como quien tiene la autoridad en sí mismo.

*No comerás:* Este mandato, que supone dos personas, pone de un lado todos los derechos, y de otro todas las obligaciones; constituye á la persona que manda en señora, y en sierva á la que obedece.

Y, sin embargo, la persona que obedece es el hombre, rey de la creación y señor de sí propio, ser nobilísimo por su libertad y altísimo por su soberanía. El que obedece es aquel de quien los animales todos recibieron sus nombres, y para quien fué levantada la fábrica del mundo, y se vistió el Edén de hierbas delgadas y suaves como riquísimo terciopelo, y guardó sus sabrosos frutos, y sus virginales flores, y sus exquisitos aromas, y su púrpura y su nieve.

Por donde se ve que la idea de la esclavitud y la del señorío, que en el entendimiento humano no caben juntas, caben anchamente en el divino, reducidas allí á su unidad amplísima y soberana. El hombre es esclavo y rey á un mismo tiempo: esclavo de Dios y rey del mundo, y no es rey del mundo sino porque es esclavo de Dios; cada uno de los actos de su soberanía es un acto de obediencia, como quiera que no ejerce su principado sino para cumplir el encargo y el precepto de señorearse de la tierra y de todos sus frutos y animales. Esclavo coronado, no manda sino porque obedece, y el único título de su señorío es su propia servidumbre.

Y en esto cabalmente consiste la diferencia entre la soberanía humana y la divina; es la primera una especie de señorío imperfecto ó de servidumbre mitigada, mientras que la segunda consiste en una potestad infinita y en un señorío absoluto; poned límites á la segunda, y Dios quedará transfor-

mado en hombre; borrad los límites de la primera, y el hombre será Dios; en el primer caso habría criaturas sin Criador; en el segundo habría un Criador sin criaturas; y en el uno como en el otro, la vasta unidad y la diversidad, maravillosamente concertadas, de la Religión, irían á perderse y desaparecerían del todo en la exótica confusión de las supersticiones panteístas, término fatal y compuesto monstruoso de todas las doctrinas filosóficas que no se afirman en los anchos fundamentos de la Religión católica.

La propia ley, en cuya virtud lo que es *diverso* sale perpetuamente de lo que es *uno*; esa ley universal, anterior y superior á todas las otras leyes á que obedece el cielo, y á que se sujetó la tierra, que presidió á la creación de los mundos y á la formación del hombre, presidió también á la formación de la familia, fundamento perpetuo de todas las asociaciones humanas. De la misma manera que Dios es la unidad general indivisible, el primer hombre, hecho á su imagen y semejanza, representó la unidad de su linaje. De su costado salió la mujer, representante de la diversidad en la especie; y la diversidad y la unidad, la mujer y el hombre, juntos con el vínculo del matrimonio, fueron una misma cosa: *Hoc nunc os ex ossibus meis, et caro de carne mea... et erunt duo in carne una*. De esta manera la diversidad fué á confundirse con la unidad, de donde había procedido.

La sujeción en el orden físico, la pena en el moral, el matrimonio en el doméstico, son todos medios diferentes de alcanzar un mismo resultado; la vuelta de la diversidad al seno de la unidad, de donde toda diversidad nace y adonde toda diversidad vuelve.

Entre la creación y el Criador no hay unidad sino porque la creación está sujeta á leyes fijas é inmutables, manifestación perpetua de la voluntad soberana.

Entre Dios y el hombre no hay unidad sino porque el hombre, apartado de Dios por su delito, vuelve á Dios purificado por la pena.

Entre el hombre y la mujer no hay unidad sino porque los junta en uno el matrimonio.

Por esta razón el matrimonio, la pena y las leyes todas del mundo físico fueron instituidas por Dios desde el principio de los tiempos. Al sacar el mundo de la nada, al formar al hombre del barro de la tierra, al sacar á la mujer de su costado, al constituir la primera familia, quiso Dios declarar de una vez para siempre las condiciones de su existencia, substrayendo todas estas cosas de la jurisdicción del hombre, y poniéndolas fuera del alcance de los vanos antojos de su voluntad y de las locas especulaciones de su entendimiento.

La sociedad, la civilización, la cultura, el hombre mismo, cae bajo la jurisdicción del hombre; sólo la familia está exenta de la jurisdicción humana. Cuando la revolución francesa vino al mundo, todo lo arrastró consigo en sus recios huracanes. La majestad humana dejó su cabeza en un patíbulo afrentoso; la divina fué desterrada de la Francia y de sus templos; el sol de la civilización se escondió en el seno de una nube roja; la ley cubrió su faz con una toca sangrienta; la sociedad cayó hecha pedazos; pero se salvó la familia, porque la familia no está sujeta á la muerte. Cuando el Imperio romano vino abajo con estruendo, siendo ludibrio de las gentes las gigantescas y pavorosas ruinas de aquella fábrica ciclópea que había agobiado al mundo con su inmensa pesadumbre, todo acabó en aquel naufragio común y en aquel común estrago: el gran pueblo con su altiva majestad y con sus turbulentos tribunos; el prudentísimo Senado con sus egregias familias consulares; su ejército famoso con sus legiones invencibles, pasmo y azote de las gentes; sus excelsas magistraturas con sus augustos magistrados; su refinada cultura con sus laureados poetas y sus inspirados artistas; su civilización varonil con sus omniscientes jurisconsultos y sus graves historiadores; su imperio con sus potentísimos Emperadores, vestidos con sus resplandecientes púrpuras; su altísimo Capitolio con su Júpiter tonante. Todo lo que había constituido la insolente grandeza de aquel pue-

blo, acabó allí, de tal manera y hasta tal punto, que algunos años adelante parecía fábula su historia; todo, todo acabó, menos la familia, porque la familia no está sujeta á la muerte. Y si, tomando de más atrás la corriente de los siglos, levantamos los ojos á lo alto, y los ponemos en aquella primera catástrofe universal que envolvió todo el cerco de la tierra, cuando, abiertas las cataratas del Cielo, vino de súbito aquella tremenda inundación del Diluvio, que creció sobre el nivel altísimo de los montes y escondió en sus abismos todas las gentes, allí también acabó todo menos la familia, instituída por Dios en el paraíso y mantenida por Dios milagrosamente sobre la espuma de las olas.

De esta manera el Supremo Hacedor de las cosas, al partir con el hombre en su infinita bondad el imperio de todo lo criado, se reservó para sí la suprema guarda de las leyes físicas, que son como otras tantas condiciones puestas á la existencia del mundo; de las leyes morales, que son como otras tantas condiciones puestas á la existencia del hombre; y de la familia, que es el fundamento inmortal de todas las asociaciones humanas. Sin esta sabia precaución y sin esta admirable providencia, el mundo físico y el moral, y el social y el hombre mismo, hubieran acabado á manos del hombre <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En los manuscritos de Donoso, que forman el borrador de los ya mencionados *Estudios sobre la Historia*, se halla en pos de este artículo otro que trata *Del pecado y el mal*, y cuyo texto casi íntegro y literalmente está contenido en el cap. vi del libro I del *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, que trata *De la prevaricación angélica, y la humana grandeza y enormidad del pecado*. —Por esta razón dejamos de insertarle aquí, si bien nos parece necesario advertirlo, no tanto en obsequio á la exactitud, como para que debidamente se perciba la trabazón de este artículo con el inmediato siguiente. —(NOTA DEL EDITOR.)